





## LA REVANCHA DE EULALIA

Mi querido *Raoul*: no puedes figurarte el extremo placer que he tenido al leer en tu ameno semanario la verídica historia de Sir *Arthur M...* y de la baronesa de *S...* P... Lo que quizás no sepas es el desenlace, posterior á la muerte del pobre *Arturo*, y eso es lo que voy á referirte en cuatro palabras, por si lo crees digno de publicarlo en tu ilustrado periódico. Oyeme, porque el caso lo requiere.

### I.

La noticia del suicidio de Sir *Arthur* fué la señal de dispersion general, pues por mas que nadie fuera culpable de aquella *majadería*, hija del carácter tímido é irresoluto del noble britano, todos quedaron penosamente impresionados, desapareciendo la animacion que desde los primeros días de la llegada de la baronesa reinaba en el ameno Hotel Siete Suelos.

Esta y su sobrina *Eulalia* marcharon á *Biarritz* acompañadas del capitán de húsares *Cárlos C...* hijo mayor del general de este nombre, que con su familia pasaba una temporada en la *Alhambra* en aquellos mismos días del lamentable acontecimiento.

La baronesa quería que *Eulalia* se hubiese quedado en *Toledo*, al lado de su padre, pero la bella jóven que comenzaba á tomarle gusto á la vida elegante, consiguió de su tia que la conservase á su lado por algun tiempo, á lo que habia accedido la diplomática, con su cuenta y su razon, por cierto, pues no solo así tendria una compañera para esas largas horas de *spleen*, á que tan frecuentemente se veia sujeta, sino que la clara inteligencia de la jóven toledana hacian de ella un *secretario* particular inapreciable.

En *Biarritz*, donde me hallaba veraneando, tuve ocasion de conocer á la baronesa y á su sobrina. Mi cualidad de diplomático me abrió las puertas de su *chalet*, y pronto intimamos: ella fué quien me refirió la historia de la *Alhambra* con todos sus detalles y pormenores, acompañándola con una jaculatoria en su propia alabanza, sobre los sacrificios que se imponia por su «querida sobrina», la que seria sumamente difícil «colocar», por su escasez de fortuna, y por las pocas condiciones de la «muchacha», la cual, aun cuando tenia buenos ojos, eso sí, y ella era la primera en conocerlo, carecia de *entrain*, y sobre todo, de «maneras».

Yo me limitaba á oirla en silencio, porque no habia modo de interrumpirla, pero no por eso dejaba de apreciar á *Eulalia* de distinta suerte, porque además de su belleza y elegancia natural, era muy lista y avisada, y muy capaz de aprovecharse de las ocasiones, á pesar de la opinion de la baronesa.

### II.

Entre las damas que animaban aquel verano la elegante residencia de la Emperatriz *Eugenia*, cuando ocupaba el sόlio francés, se distinguia la condesa *Olga Dognieff*, esposa del Embajador ruso en *Paris*, y muger encantadora por su talento y por su *esprit*.

Un solo defecto se la conocia: su aficion á *echar las cartas*.

Durante su permanencia en *Roma*, donde su marido habia estado de Encargado de Negocios, adquirió esta cualidad de una marquesa florentina, su amiga íntima. Desde entonces, la condesa paseaba este agradable pasatiempo por todas las cόrtes europeas, á donde el empleo de su marido la hacia marchar, pasando mas de una de esas aburridas mañanas en que las nubes no cesan de verter agua sobre los miseros mortales, sumamente entretenida con su baraja en las manos. Una buena condicion habia que reconocerle en este defecto, y era que las cartas de mal augurio rehusaban aparecer bajo los delicados dedos

de la bella condesa, siendo por tanto, sus *buenas venturas* verdaderamente buenas.

Todos teníamos ya predicha nuestra suerte; conocíamos nuestro porvenir al dedillo, como suele decirse, cuando una noche que nos hallábamos reunidos en el salon de la baronesa, se le acordó á *Mme. Dognieff* que *Eulalia* no sabia nada del suyo y que era preciso *echarle las cartas*.

Aplaudimos esta idea, porque la jóven toledana habia conseguido interesarnos vivamente, y yo me apresuré á preparar una mesa con todos los enseres necesarios para tan delicada operacion.

—Cómo! *Eulalia* se vá á hacer echar las cartas? preguntó riendo la baronesa, é inclinándose al oido de *Cárlos C...* con el cual estaba hablando en voz baja, añadió:—Puede que llegue á institutriz.

—*Chi lo sa*, respondió sentenciosamente el jóven guerrero, atusándose el bigote.

—Querida *Eulalia*, dijo la baronesa imperturbable, mientras llegas á emperatriz, hazme el obsequio de una taza de *thé*.

—Si lo fuera, querida tia, dijo *Eulalia*, cuenta con una plaza en mi cόrte. No temas que sea ingrata ni que olvide los trajes que me has prestado.

La baronesa hizo un gesto; ni aun de broma podia admitir la idea de que su sobrina llegase á ser mas que ella.

*Eulalia* le sirvió la taza de *thé*, y besándole uno de sus hermosos y bien torneados brazos, le dijo:

—Quieres que vista imágenes?

—Vamos, no seas loca, dijo la baronesa con seriedad.

—Condesa, tratad bien á *Eulalia*, dijo *Cárlos C...*

—No turbarme, exclamó *Olga German*, me dijo, bajad un poco esa pantalla; hay demasiada claridad, y se necesita una sombra misteriosa y poética para el resultado de esta aventura.

Vamos, *Eulalia*, continuó la condesa dirigiéndose á la jóven y tomando el tono de voz mas sério y grave de que era susceptible, pensad en lo que mas anheleis.

—Un marido, dijo la jóven sonriendo; eso es todo lo que deseo.

—Qué cinismo tan chocante! dijo la baronesa al oido de *Cárlos*.

Este se sonrió: para él aquello no era cinismo, sino franqueza.

La condesa mezclaba las cartas y las iba poniendo en linea á medida que las iba volviendo.

*Eulalia* presenciaba toda aquella operacion con la sonrisa en los labios, y de cuando en cuando dirigia una incendiaria mirada al jóven húsar, que de pié detrás de ella, la acariciaba con los ojos.

La condesa estaba enorgullecida por el buen éxito que alcanzaba.

—Oros, siempre oros, exclamaba entusiasmada; el caballo de oros; bravo, bravo! buena suerte... ah! la sota de espadas... *Eulalia*, V. tiene alguna enemiga...

—Y quién, Dios mio? Como no sea la doncella de la baronesa!

—Hay que desconfiar, dijo *Olga*, alguien hay que os quiere mal... Pero hé aquí que aparece el caballo de espadas; este es un caballero jóven, amable, rico y que os ama.

Ved, señores, exclamó la condesa completamente entusiasmada, despues de haber estendido todas las cartas sobre la mesa; ved aquí; una... dos... tres... Esta sota de espadas es la que me da cuidado. *Eulalia*, el presente es un poco sombrío... pero despues veo la riqueza, un matrimonio de afeccion, con un jóven guerrero que os ama; el as de copas lo demuestra.

*Eulalia* y *Cárlos C...* cambiaron involuntariamente una



mirada. La baronesa desgarró un pañuelo de encajes que tenía en la mano.

—Y bien querida, dijo la baronesa con voz nerviosa, hay que encargar de seguida el traje de boda. Mira como C... te devora con la vista.

Cárlos se ruborizó hasta el blanco de los ojos.

## III.

Poco despues terminó la reunion, y cada cual marchó por su lado.

Entre tia y sobrina, apenas se quedaron solas, hubo una escena.

La baronesa comenzó á sermonear á Eulalia: ésta le replicó. La baronesa se salió de sus casillas, hasta amenazar á la jóven con mandarla á Toledo.

—No te alteres, querida tia, que yo me iré.

—Pero ahora mismo.

—Ahora mismo.

—Pues bien, *va-t-en*

## IV.

Eulalia pasó la noche en casa de la condesa Dognieff.

Amaneció el día siguiente y la buena sociedad de Biarritz supo con estrañeza que Eulalia habia abandonado á su tia, pero, dicho sea en honor de la jóven, todo el mundo le dió la razon, y lo que es mas, todos fuimos á visitarla y á darle la enhorabuena.

Apenas saltó de la cama la baronesa, en la que tan mal habia dormido, mandó llamar á Cárlos C...

Cárlos C... hijo del general Marqués de Z... estaba llamado á heredar de su padre el título y la grandeza de España á él anexa, al mismo tiempo que una cuantiosa fortuna. Además, su grado en el ejército le aseguraba un brillante porvenir. En la corte era sumamente apreciado, y mas de una rica heredera habia soñado con él, provocándole á una confidencia.

No es fácil explicar el grado de relaciones que unian á la baronesa con el húsar; solo se que estas no podian ser mas intimas. Por eso quise aconsejarse de su amigo antes de tomar una resolución.

La baronesa le refirió la ingratitud de su sobrina. Cárlos se mostró frío; dió la razon á las dos, lo cual es mil veces peor para una muger, que quitársela del todo, y habló poco.

—Irás á casa de Olga estando allí Eulalia?

—Sí; yo no puedo romper abiertamente con las conveniencias sociales. Es mas, tú debes venir también.

—Yo? jamás.

—Haces mal.

A estas palabras la baronesa rompió á llorar; llena de furor, maldijo á Eulalia.

—Tu sabes mis sacrificios por ella, dijo la baronesa; tu conoces mis esfuerzos para casarla; pero sin mí no se casará; esa será mi venganza.

—Quién sabe, dijo Cárlos sentenciosamente.

La baronesa estuvo amenazada de una crisis nerviosa, pero como Cárlos C... cogiera su sombrero para marchar, se repuso, y deteniéndole al paso, exclamó:

—Vas á casa de Olga?

—No puedo hacer otra cosa.

—Pues bien, caballero; ó aquí ó allí!

Cárlos cogió una mano de la baronesa; se la besó galantemente, sonriendo, y salió.

## V.

A las cuatro de la tarde recibió la baronesa, un billete que decia:

«Mi querida tia: me digiste ayer que me fué, y ya lo ves, me fui; pero no hasta Toledo, porque la condesa me convida á pasar unos días con ella. ¿Quieres que vaya á

verte? Olvida lo pasado y cuenta siempre con el cariño de tu sobrina

Eulalia R... »

## VI.

La baronesa creyó que Eulalia estorbaba en casa de la condesa, y, queriendo mortificarla, no se dignó siquiera contestarle.

Hizo mal.

## VII.

Transcurrieron cuarenta y ocho horas mortales, sin que la baronesa, que no queria salir de su casa, tuviese noticias de nadie ni de nada.

Cárlos no habia vuelto á verla, y su orgullo le impedia escribirle.

Al fin llamaron á la puerta; un criado entró en el *boudoir* con una carta. Abrióla la baronesa con mano febril, y leyó:

«Querida tia: Cárlos C... acaba de pedir mi mano; el domingo nos casamos. ¿Quieres ser mi madrina?

Mil besos de tu

Eulalia.»

La baronesa cayó desmayada.

NINO.

## MON FUMOIR

Es un cuartito de quince piés de largo por doce de ancho. Tiene dos grandes ventanas con hojas de cristales en el invierno y persianas en el verano, una enfrente de otra, á fin de poder olearlo fácilmente. La tapicería de las paredes es de cuero, imitando el antiguo y afamado de Córdoba, y su dibujo forma grandes cuadros de figura romboidea, en cuyo centro hay un gran ramo de flores de realce.

La madera de las sillas es de cedro, aun cuando el ébano seria mucho mas bonito, y están cubiertas de tafete verde oscuro, capitoneado, y apenas dejan ver la madera. Estas sillas son pocas en número, pues no hay mas que tres: lo que los franceses llaman *chaise longue*, y dos butacas sumamente anchas y bajas, y en las cuales el cuerpo puede adoptar toda clase de posiciones.

Una mesita de mediano tamaño y fácil de mover en todas direcciones, gracias á las ruedecitas de metal que tiene en los piés, contiene los ceniceros, de bronce, por lo general, y contra el muro principal hay una especie de armario, con dos grandes hojas de cristales, dividido en dos compartimentos ó secciones. En el de arriba tengo mis colecciones de cigarros, y abajo toda clase de tabaco en picadura, y los cigarros que comienzan á secar.

Mi colección se compone de diferentes clases de habanos; desde la diminuta *Concha*, colorado claro, flor fina, hasta el opulento *Cazador imperial*, maduro oscuro. Despues en cajas de cedro y en orcitas de loza japonesa, tengo diferentes picaduras. Rusia, Werwick, Egipto, Cuba, Maryland, Kentucky y el popular *Caporal* francés, yacen en *pêle-mêle*: esta picadura y hebras se destinan tanto para cargar las pipas, cuanto para liarlas en cigarrillos. Una caja de madera de aloe, en forma oblonga, contiene las diferentes clases de papel de fumar: de arroz,



## EN LA ALAMEDA



—Palabra de honor?...

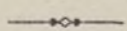
—Si, hija, no parezco por la del Círculo.







MÁLAGA

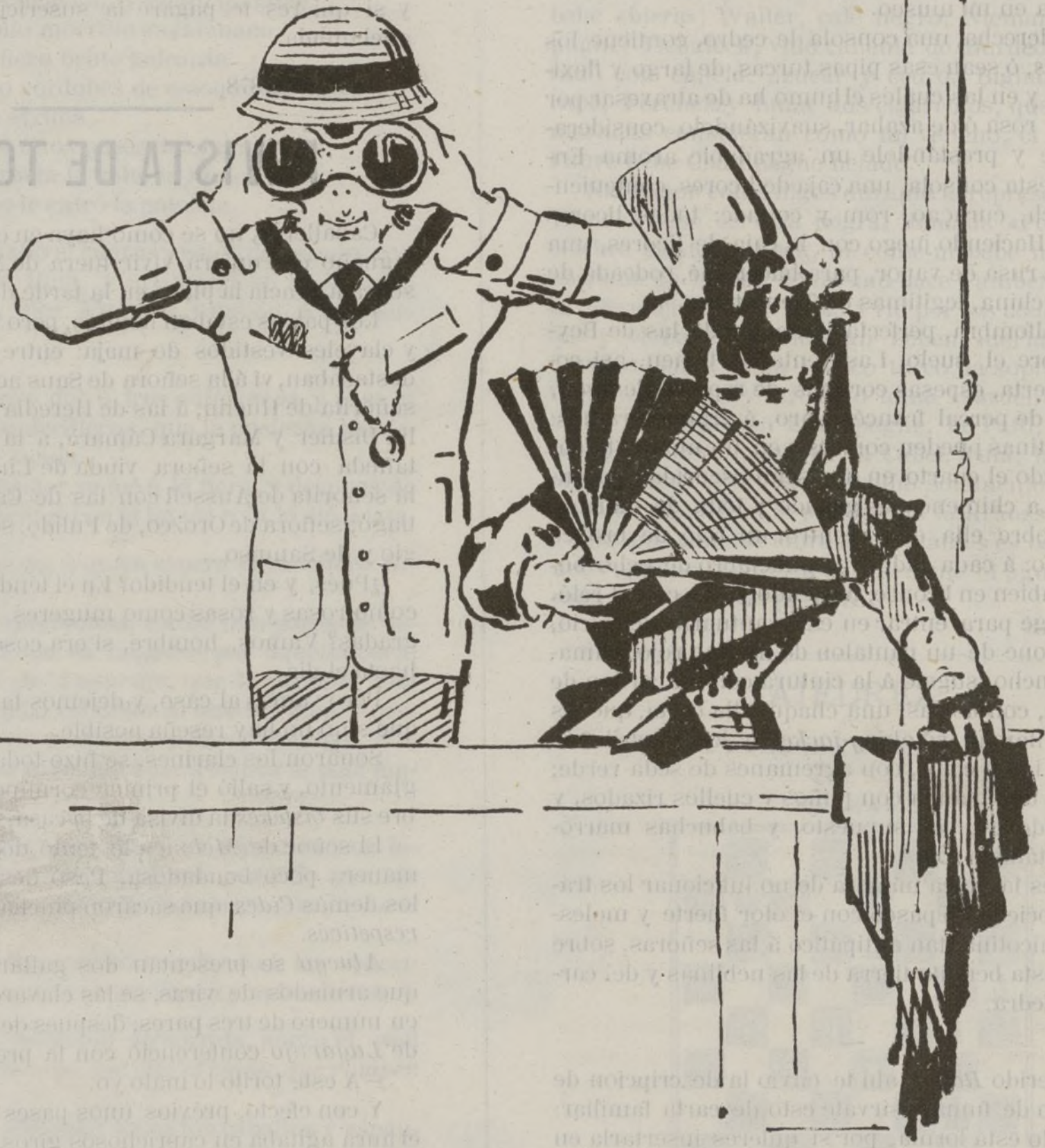


SEMANARIO ILUSTRADO

Ayuntamiento de Madrid



## EN LA PLAZA



—No mires, Amelia, que hay muchas tripas.

—(Tu si que me las raes, desgraciado.)



de maíz, de trigo y el clásico yodurado de Alcoy, que es mi favorito.

A la izquierda del armario y sugeto al muro, hay un *dressoir* en forma de triángulo, que contiene todas las clases de pipas que he podido reunir: abajo las de tierra, luego las de madera y luego las de espuma y porcelana. Allí, por orden de antigüedad en sus servicios, y perfectamente clasificadas, se encuentran las Turcas y Egipcias, con su *tuyeau* de jazmin y acacia; las Persas, de bambú y caña salvaje; las Alemanas con su *fourneau* de pintada porcelana; las inglesas, de madera de coco, y la americana, de cerezo y roble. Hasta la clásica pipa escocesa, de barro blanco cocido y toda de una pieza, figura en mi museo.

A la derecha, una consola de cedro, contiene los *narghilés*, ó sean esas pipas turcas, de largo y flexible tubo, y en las cuales el humo ha de atravesar por agua de rosa ó de azahar, suavizándolo considerablemente y prestándole un agradable aroma. Encima de esta consola, una caja de licores, conteniendo kirsch, curacao, rom y cognac: todos licores fuertes. Haciendo juego con la caja de licores, una máquina rusa de vapor, para hacer thé, rodeada de tazas de china, legítimas de Tieng-tsing.

Una alfombra, perfecta imitación de las de Beyruth, cubre el suelo. Las ventanas tienen, así como la puerta, espesas cortinas de reps verde *foncé*, forradas de percal francés claro, á grandes ramos: estas cortinas pueden correrse, en un momento dado, dejando el cuarto en una semi-oscuridad encantadora. La chimenea es grande y toda de mármol negro. Sobre ella, en el centro, un reloj de bronce florentino: á cada lado un candelabro de ocho bugías, también en bronce, haciendo juego con el reloj.

El traje para entrar en este santuario del vicio, se compone de un pantalon de merino rojo, sumamente ancho, sugeto á la cintura con un cordón de seda roja, con borlas: una chaquetilla corta, que los ingleses llaman *smoking-jacket*, y los madrileños *batín*, de igual color, con agremanes de seda verde; camisola de Holanda con puños y cuellos rizados, y sin almidonar, por supuesto, y babuchas marroquíes de tafíete rojo.

Esta es la única manera de no inficionar los trajes de sociedad ó paseo con el olor fuerte y molesto de la nicotina, tan antipático á las señoras, sobre todo en esta bendita tierra de las neblinas y del carbón de piedra.

Mi querido *Raoul*: ahí te envío la descripción de mi cuarto de fumar: sirvate esto de carta familiar: le he dado esta forma, por si quieres insertarla en tu revista MÁLAGA. Aunque no he recibido ningún número todavía, supongo que estará á la altura de vuestra nombradía y reputación. Este articulito, á mas de poder llenar un hueco en un semanario, pudiera también servir para enseñar á esos ilustres habitantes del pueblo clásico del boqueron y del fruto fino, como se ha de poner uno de estos *fumoir*, para que no lo hagan en el cuarto dormitorio ó comedor, lo cual es de un *mauvais ton de goutant*.

El arreglo de este cuartito no llega á cincuenta

duros: verdad que los bronceos no son míos, pues pertenecen al dueño de la casa que habito, y que la mayor parte de las pipas son regalos.

Otro día te enviaré un artículo por el estilo: á mí no me pidas derechos inalienables, ni sufragio universal; pero pídemme pormenores de *high life* y de buen tono, y te los daré. Pregúntame como se dirige un cotillon; un *troiska* de tres caballos; un trineo con cuatro: detalles sobre un *steeple-chase* ó una partida de *whist*, y me tendrás á tus órdenes: pero no sé una palabra de cómo se hacen las barricadas, ni de cómo se rocía el petróleo, ni se organiza una huelga de trabajadores.

Mándame tu periódico, sino habla de república, y si quieres te pagaré la suscripción, aunque sea adelantada.

YRO.

Londres 1878.

## REVISTA DE TOROS

Caballeros, no sé cómo haya en el mundo un malagueño que quiera vivir fuera de Málaga. Vaya si se traía gracia la plaza en la tarde del domingo.

Los palcos estaban llenitos, pero llenitos de rosas y claveles vestidos de maja: entre los que mas se destacaban, vi á la señora de Sans acompañada de la señorita de Huelin; á las de Heredia Grund, con Julia Disdier y Margara Cámara, á la de Moreno Castañeda con la señora viuda de Linera y su hija, á la señorita de Ansell con las de Castañeda y Santiago; señora de Orozco, de Pulido; señoritas de Ragio y de Sampso...

¿Pues, y en el tendido? En el tendido habia caras como rosas y rosas como mugeres. ¿Pues, y en las gradas? Vamos, hombre, si era cosa de estarse allí hasta el día.

Pero vamos al caso, y dejemos las mugeres, porque sino no hay reseña posible.

Sonaron los clarines, se hizo toda la faena de reglamento, y salió el primer cornúpeto, luciendo sobre sus *bistéckes* la divisa de la casa, blanca y roja.

El señor de *Melones* lo tentó dos veces de una manera poco bondadosa. Pasó despues á visitar á los demás *Cides*, que sacaron pinchados los *babiecas* *respétives*.

Aluego se presentan dos gallardos mancebos, que armados de viras, se las clavaron en la cerviz, en número de tres pares; despues de lo cual el señor de *Lagartijo* conferenció con la presidencia y dijo:

—A este torito lo mato yo.

Y con efecto, previos unos pases de muleta, que el aura agitaba en caprichosos giros, dice el diestro: Ahí la llevas. Y el toro se murió contestando: Bueno.

Voilà el segundo, que pasó á dejar targeta á mis señores piqueros, huyendo al mal recibimiento de estos bravos.

Los hermanos Sanchez, á vueltas de unas cuantas majaderías, le plantan tres pares de férreos áspides, que vertieron en el *bú* su letal ponzoña, y el de *Madrid* ¿qué hace? pues *vá y coge* y le dá un recado á la presidencia, yéndose al esposo de la vaca y ¡zás! le dió una buena estocada.



El toro dijo:

—Ay infeliz de la que nace hermosa!  
Y se murió.

Negro como la noche,  
tardo en el paso y de anheloso aliento  
el tercero salió, y á troche y moche,  
rápido como el viento,  
á este caballo tomo, al otro dejo,  
con singular gracejo  
los cuernos les metía,  
y algunas cosquillitas les hacía.

El bélico clarín á los muchachos  
llama á la obligacion, y en un instante  
vése el amplio morrillo engalanado  
del noble y fiero bruto jadeante.

El diestro cordobés de estoque armado,  
á la fiera se arrima,  
y despues de unos pases de muleta,  
con suma gracia le soltó la flima,  
y á Cachucho le entró la pataleta.

Pues señor, salió el cuarto vestido de verano, con  
el *jocico* lleno de tinta, y arrimándose al sabroso  
*Melones*, le dijo, dice: *Va usted*, tumbon, á la enfer-  
merial!

Y allá fué.

Destripa *Botello* dos ó tres *philoxeras*, y pasa á  
manos de los banderilleros, que le pusieron bande-  
rillas. Así como suena.

El bueno de Pastor se fué á la fiera, y despues de  
varios cumplimientos con el tapete rojo, le dió la lata.

Vamos al quinto, á quien espera el caballero *Bi-  
gornia*.

Toma varios *epigramas*, recibe tres pares de ve-  
nablos y echándolos en mugidos por aquella boca,  
murió á manos de *Lagartijo*, que le propinó una  
magnífica estocada, echando al aire los cuatro cas-  
cos. Pero se volvió á levantar y dicen que dijo:

—*To be or not to be*, yéndose á estirar la pata jun-  
to á los tableros.

Y sale el sexto, que sobre poco mas ó menos hi-  
zo lo que los anteriores, é hicieron con él lo que con  
los otros. Solo que este saltó la barrera, sin *fartarle*  
á nadie.

*Lagartijo* lo banderilleó brindando á las señori-  
tas de Heredia, que le obsequiaron y aplaudieron.

Sétimo toro, refaccion de corrida, negro él, mal  
encornao él, y de esos *que con el bigote que rompen  
el vidrio*.

Se echa con voluntad sobre los caballos y espan-  
churra una pila de ellos, pero le duele el morro y  
dice á los picadores:—No tirá *tamur*se.

Bien banderilleado, muere penosamente á manos  
de *Lagartijo*.

Resulta, pues: Los toros eran de la ganadería del  
Sr. Duque de Veragua, dos ó tres negros, uno jabo-  
nero, un par berrendos, *cétera*.

Lo demás bien. A cada diestro le fué dado un to-  
ro: eche V. dádivas. Angel Pastor dominó la situa-  
cion haciéndose aplaudir.

Condiós.

BUSIQUI.

## MANIAS

De un periódico aleman traduzco el siguiente  
suelto, que pone de relieve una vez mas las mu-  
chas rarezas que dominan en los grandes artistas;  
rarezas disculpables, ciertamente, porque no en  
valde se tiene tan gran dosis de talento ni faculta-  
des tan extraordinarias.

El tenor Kabbat come antes de cantar, dos sardi-  
nas saladas; Southem, se contenta con tomar ta-  
baco picado y una limonada fresca; Wachtel sorbe  
una yema de huevo con azúcar; Mário fuma; Stegger  
bebe «birra»; Waiter, café negro; Nieman, Cham-  
pagne; Tichateck, vino caliente de Burdeos, prepa-  
rado con canela, azúcar y cedro; Bignardi toma  
rapé; Ferenezzy fuma dos cigarrillos, que sus ca-  
maradas consideran como un veneno; el barítono  
Faure bebe Champagne helado.

Nacbanor come higos durante la representacion;  
Tomasi bebe cerveza negra, llamada «Porter»; el  
célebre barítono Beck, ni come ni bebe nada y se  
abstiene de hablar: lo mismo hace Tamberlick, con  
la diferencia de que habla y rie por los codos; Dras-  
ler y el barítono Bilbscan beben «del'idromele»;  
Formos bebe y fuma tabaco turco; la soprano Son-  
tang, entre uno y otro acto toma «sardell»; la Cru-  
velli, Burdeos con Champagne; la Patti, agua de  
Seltz; la Nilsson, «birra»; la Cabet, fruta; la Borghi-  
Mamo toma rapé; la Carvalho solamente bebe un  
poco de agua fria, lo propio que la Krauss.

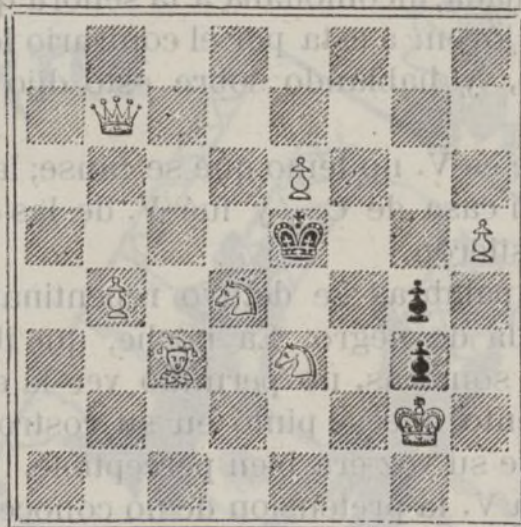
Lo mas general entre los cantantes es beber Bur-  
deos aguado. Tambien es frecuente el agua azuca-  
rada y el caldo de puchero.

RALPH.

## AJEDRÉZ

### Problema número 2.

Por A.  
NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

### SOLUCIONES

Al problema número 1.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-C 4 R

1-cualquiera.

2-D mate.

Al logogrifo inserto en el número anterior.

CALATRAVA



## UN PUÑADO DE CARTAS

NOVELA IMITADA DEL FRANCÉS

POR MIMO

DEDICADA Á LA SRA. VIUDA DE M.\*\*\*

(Continuacion.)

De aquí nacen mis continuas tristezas y la desilusion de mis esperanzas, tanto mas cuanto que comprendo que esto será para toda la vida, y que este mal no tiene, no puede tener remedio. Yo siento que mi esposo me quiere tanto cuanto es posible á su organismo de querer, y hace por mí cuanto puede sentir, y sin embargo, mi corazon aspira á mas.....

Peró observo que sin querer le estoy contando hasta mis pensamientos mas ocultos, y esto me parece tan extraño como nuestro paseo por estas alturas.

—Continúe V. señora, sin miedo; ya le he manifestado que estoy enamorado de una muger ingrata, y si le confieso que estoy enamorado, mal podría decirle una galanteria sin caer en ridiculo.

Comprendo desde luego las aspiraciones de su corazon, siguió diciendo el jóven, y me conduelo de la indiferencia que debe sentir en su estado, y que tiene mayores motivos que los que á mí me hacen sufrir, dándome por lo tanto, por vencido, y como una apuesta debe pagarse, me pongo enteramente á su disposicion.

—Bien está, dijo la dama, veremos qué es lo que exige...

En este instante, la señora anciana, que apenas habia tomado parte en la conversacion, tal vez algo imprudente de la jóven, advirtió que la gente estaba saliendo de la iglesia y era tiempo de bajar y juntarse á las amigas que esperaban.

Se pusieron en marcha, y el paso acelerado natural á la bajada, incomodaba á la señora que acompañaba á la jóven: á esta por el contrario le gustaba precipitarlo, y hablando sobre esto dijo el galan misterioso:

—Lo que es V. no temo que se canse; la he visto valsando en casa de C... y fué V. de las que mas tiempo resistieron.

A estas palabras se detuvo repentinamente la dama vestida de negro. La noche, que iba estendiendo sus sombras, no permitió ver la expresión de descontento que se pintó en su rostro; pero la alteracion de su voz era bien perceptible.

—Y tenia V. la pretension de no conocerme? ¿Es ese el amor que profesa V. á la verdad y lo enemigo que es de la ficcion y la mentira? Ya comprendo que yo he sido la única que ha estado de buena fé en la conversacion.

Esta leccion no me sorprende; todos los hombres son iguales.

Nuestra heroína halló en el compás de la Victoria á la amiga que la esperaba, y subió al coche con ella y la señora anciana que la acompañaba, sin volver siquiera la cabeza para saludar al galan misterioso.

Durante el trayecto hasta su casa, procuró no hablar del desconocido, y comprenderás que esto era llevar un poco léjos su resentimiento. Sin embargo, cuando estuvo sola se arrepintió de haberlo castigado con tanta dureza.

Tan pequeña mentira no era un crimen y la parte picante de la aventura se debía á tal ocultacion. Por otra parte, la dama tampoco habia sido muy verídica en lo que habia dicho, y á la verdad, sin darse cuenta y dejándose llevar de su imaginacion, lo que habia procurado era hacerse interesante.

Si el jóven se le hubiese presentado aquella misma noche, hubiera sido bien recibido; pero fuese cálculo ó otra causa, tardó bastante tiempo en hacerse presente.

Ya estaba borrada de la memoria de la dama la impresion de aquella aventura, cuando un dia vino el desconocido á su casa en compañía de la señora anciana, quien se lo presentó á la jóven diciéndole sus nombres y cualidades.

No te diré este nombre, porque tú no me has dicho el de la dama de tu cuento, pero si te manifestaré con franqueza que el prestigio que pudiera haber despertado en el ánimo de la heroína, se destruyó en el momento, como sucede siempre que de lo misterioso se pasa á la realidad. La conversacion fué banal, como la de todas las visitas de cumplido, y el jóven lo comprendió así, abreviándola cuanto pudo.

Sin embargo, volvió al dia siguiente, y esta vez halló sola á la señora.

—Muy severa, le dijo, ha sido V. conmigo, y todo por qué? por una mentirilla sumamente inocente.

—No crea V., respondió ella, que mi resentimiento ha ido mas allá del instante mismo en que lo descubrí. Ya esto no tiene importancia, y como veo que persistiendo en su papel de hombre *blasé* traerá V. un plan de defensa estudiado, permítame V. que le salga al encuentro y le diga: «Está V. perdonado».

—Casi siento el perdon que V. me otorga, dijo el jóven, porque con efecto yo traia preparado mi plan de defensa y con argumentos de peso. ¿Me permite V. que al menos le presente uno; el que creo que habia de producir mejor efecto?

—Con mucho gusto me supongo enfadada para oir su argumentacion. Soy el Juez: el tribunal escucha.

—Pues permítame el señor Juez responderme con toda verdad á mi pregunta, porque creo que así me absolverá debidamente.

—Los jueces no son interrogados; pero deferente con el reo le permito que pregunte, y resolveré si debo dar respuesta.

—Dígame V. señora. Si yo he sido culpable, y muy culpable, fingiendo no conocerla, ¿no lo será V. mas si la historia que me ha contado no fuese verdadera? Si los motivos en que funda su indiferencia para el mundo y la sociedad no son exactos?

La dama se puso colorada como una amapola. Comprendia que si callaba su silencio equivalia á una confesion, que su turbacion dejaba admirar, y que si respondia no tenia mas remedio que decir la verdad.

(Continuará.)